

Hay en estos poemas un maridaje feliz de lo nuevo y lo pasado. El pie quebrado adquiere valor, desencadena ritmos armoniosos, la imagen aflora silenciosa y el "mar jadeante" es un perpetuo venero de luces y melodías insinuantes.

No sabemos qué dirán los "genios" de última moda, los autodenominados "vanguardistas". Seguramente pensarán que Arenas dejó de ser lo que era, que está anquilosándose, que está dando señales de chochez. Con todos ha sucedido lo mismo: mientras pagan tributo a lo abstruso y enmarañado, a lo que suscita el suspenso, a lo que hace estremecer con disonancias inesperadas y locas, entonces son dignos de admiración. No entienden, o no quieren o no pueden comprender que el artista de verdad es el que poco a poco se libera de la cárcel que él mismo se fabricó, para empezar a caminar de frente hacia la luz.

*De pronto vi las islas reunidas,
todas a un tiempo, como alucinante
familia de sirenas conversando
con voz distante.*

Vuelo imaginativo, belleza de formas, armonía que se desliza sobre felpas y que, sin embargo, es densa y emotiva, meta esencial de la poesía. Para un "mapa audible de Chile", germen de resonancias interiores, estos poemas constituyen un momento estelar.

Francisco Dussuel D.

<https://doi.org/10.29393/At399-ISUAL10025>

Sillie Utternut: Revolución en Chile. "Traducción" de GUILLERMO BLANCO y CARLOS RUIZ-TAGLE. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1962

Digamos algo verdadero y distinto de los juicios "más o menos", decididamente superficiales sobre este relato. La pureza espiritual chilena es tan invulnerable, como se dice ahora, que los críticos de filiación conservadora lo atacan por principio; los demócratacristianos lo celebran, más aún por provenir de "su" editora. Los marxistas, como no pertenece el libro a las anteojeas de sus dogmas realistas, lo desprecian; al fin en él se juega literariamente con una palabra que ellos se la creen exclusiva: revolución, y que últimamente ha sido bautizada por los jesuitas chileno-belgas, para ira de los tradicionalistas.

Así se hace crítica en Chile. Podíamos seguir observando el punto. Bástenos agregar que si el autor es "de izquierdas" los de "centro" se sienten obligados a valorar para que no los marquen de reaccionarios. Mientras Latcham nos multiplica sus bibliografías, y Alone dice cada vez menos cosas, y hace política de extrema derecha, en nombre de las letras.

El interés del libro ya ha sido muy destacado, a pesar de las posiciones. Causa: hacer reír, y un libro que pone la boca abierta como dentista tiene

el éxito asegurado. La gente no quiere problemas, quiere "pasarlos bien". Eso aprendieron en los liceos fiscales y colegios congregacionistas. Y en las universidades, fuente de castas económicas y sociales, en Chile.

Los rasgos acertados de observación de la idiosincrasia nuestra, a través del pintoresquismo extravagante de la obra, también se han subrayado, sin marcar demasiado la ausencia de alma que nos revela, sino como cosa divertida. ¡Somos tan simpáticos todos los chilenos! Mientras más falsos y zorros "más dijés" y así nos sentimos más nacionales. Por esto gusta vernos en esta obra con título de tratado de sociología. Hace tiempo que los títulos no andan "ni por las tapas". ¿No se tituló un libro de versos con la palabra "vivencia"? ¿No hubo director literario que reparase en el disparate? El título de ahora, no es disparate, pero el mostrar el juego con las comillas de la palabra traducción, no creo tenga gracia alguna. He oído a gente detestar estas páginas, porque las tomaron en serio, a pesar de las comillas, cosa muy cómica para los autores, pero que obliga a dar explicaciones, poco menos que a nombre de ellos, a quienes no he visto nunca.

Habría sido importante saber la parte de trabajo de cada uno de los miembros del binomio autor. Las entrevistas, ignoro si lo señalaron. Y ellos se habrán cuidado bien de no revelar los secretos. Ambos son autores de obra narrativa importante, de esa que revela posibilidades singulares; a los dos les he leído críticas de libros, a Guillermo Blanco, por mi condición de crítico desplazado del diario "El Sur", un periódico penquista, y a Carlos Ruiz-Tagle, por haber publicado la mejor crítica sobre un libro mío, en *Finisterrae*.

Con todos estos antecedentes, uno siente la necesidad de exigirles más rigor artístico a los autores. Por esto nos hubiera servido conocer un poco la intención y la forma de trabajo de esta *revolución en Chile*. Y al grano: No hablemos más de lo que el libro ofrece como sátira, porque ésta funcionará con más poderío o con vigor baladí, según el ajustamiento artístico con que ella está lograda. Y aquí viene el problema literario que me ofrecen estas amenas páginas. El desarrollo humorístico cae con frecuencia en el luchocordovismo narrativo. Dada la base de ingenuidad y "despistamiento" de la protagonista, es muy posible aceptar que tome sólo en su literalidad indígena la palabra "malón", y no sepa ni logre saber que también significa fiesta impuesta a un dueño de casa, al cual se le lleva todo preparado, para que no se moleste, aunque esté muerto de sueño o de ganas de estar solo con su señora. Pero lo indio es molestar al prójimo para divertirse uno. Una mujer civilizada, con costumbres anglosajonas, no comprendería nunca tales prácticas, y sólo entiende el asalto y la lucha a muerte de los malones de "araucarias", forma vegetal del término verdadero, que todavía se acepta al leer, porque es posible que la dureza de oído impida captar las voces castellanas.

Pero sucede que muchas veces, la situación humorística está fundada en la inverosimilitud. Y esto fatiga como una superficialidad intencionada, fruto de un recurso fácil, luchocordovesco. Por caso, es inconcebible que una periodista, por muy bruta que fuese, no vaya a aprender correctamente los

nombres de los diarios que todos los días ve en los quioscos o compra para informarse. Para una vez, la confusión de sonidos va bien, pero mantenerla hasta el fin del libro, cansa.

Casi todo lo que sucede, en un plan de humor, se basa en el juego de la bisemia de los términos, o en la bisemia mental; en uno y otro caso, la protagonista toma un sentido del concepto, y se le arma un lío cada vez más complicado y sabroso. No necesitamos ilustrar en detalle este procedimiento. Bástenos recordar que Don Quijote actúa de acuerdo con un texto, el de su cabeza, cuando la realidad le ofrece otro; asimismo, la protagonista tiene una idea metida en la cabeza, como la existencia de indios en Chile, y, según este texto de su cabeza extranjera, mal informada, va a engendrar equívocos continuos, a cual de todos más divertidos.

Si las situaciones no se engendran en bisemias convincentes, obvias, según el uso cotidiano del habla, sucederán los abusos sin base real, como una insufrible suposición sobre los micros Pila-Cementerio, de plena inverosimilitud.

Otro recurso, el más logrado y de amplia significación satírica, está fundado en el encuentro de las dos idiosincrasias, la de la extranjera y la del nacional, encarnado, en este caso, en un chófer de taxi. Ella cree todo lo que éste diga. Ella podrá ser estúpida, pero el otro es un sinvergüenza, un estafador, que procede a engañar de tal manera que pueda quedarse con una buena suma de dinero, y su audacia llenará todo el final, hasta el desenlace del relato. Es muy gracioso, pero nos recuerda hasta la manera cómo los chilenos fueron burlando y explotando la ingenuidad de los araucanos en el sur de Chile. Cuando el roto trae la cabeza de perro a la periodista como si fuese la de un jíbaro, parece llegar a un clímax de humor. Es el momento de mayor patetismo, la altura de una dimensión humorística superior a todas las otras ligeras, y —como hemos reparado— inverosímiles; ahora se enfrentan la macuquería nacional, su alta capacidad de mentira, como representación de los más genuinos valores del alma chilena, y la estulticia anglosajona, mezclada con un valor: creer en la palabra de un ser humano. El detalle de tomar foto, en la cual se registra el número de patente del taxi engañador, es una mera manía mecánica de periodista, nunca un cálculo de la prudencia que se defiende del lobo humano, como puede suponerlo ese gangster chileno del taxi. Por cierto, nunca un tipo humano agota las posibilidades de expresar con su índole a toda una nacionalidad, ni Chile es cuna de bandidos, pero es curioso comprobar nuestra satisfacción por seres como ese chófer del relato, cuyas argucias y engaños nos satisfacen como algo nuestro, de modo semejante a nuestro regusto por las palabras gruesas, ordinarias y de lexicalización sexual. En ellas nos movemos, vivimos y somos.

Estimo que ese aspecto del juego literario de Blanco y Ruiz-Tagle, es el más importante, por cuanto —repito— el humorismo alcanza una dimensión superior, de cabal hondura, tal la hemos señalado, aunque muchos lectores no lo vean, por sus complacencias nativas.

Alfredo Lefebvre.